orden perfecto. Que la conciencia se dé ó no cuenta de esta unidad y de estas relaciones, importa poco (1).

Supóngase ahora que se interrumpe la continuidad de los estados conscientes en los casos de hipnotismo ó sugestión: ¿significa esto la desaparición de la estabilidad personal? Nada de esto; la conciencia se halla imposibilitada para salir del círculo de ideas fijas ó sugeridas; su estado débil y casi meramente pasivo le impide romper este círculo y extender su radio de acción á otros grupos de imágenes; estos casos anormales en realidad no difieren esencialmente de los estados de la conciencia normal; y á poco que se ahonde en su examen se verá claro cómo, lejos de ser aquéllos independientes del resto de la vida, presentan multitud de puntos por donde se relacionan íntimamente con ella.

---

(1) Véase sobre este punto el análisis luminoso del abate Piat en su importante obra *La personne humaine*. "Existe, dice, lo inconsciente en nuestra vida mental, que se revela por todas partes dentro de nosotros mismos: nada en la conciencia se explica si no se supone lo inconsciente. Estados de conciencia, relaciones mutuas de estos estados, virtualidades del sujeto pensante, todo acusa su presencia. Nuestro ser psicológico se extiende más allá de la conciencia en todos sentidos„. (Págs. 60 y siguientes.) Con esto no pretendemos hacernos solidarios de las opiniones del ilustre profesor del Instituto Católico de París, acerca de las relaciones de la conciencia con la substancialidad del alma expresadas en el mismo capítulo, que revelan bien á las claras la influencia de la crítica kantiana.—Sobre la existencia é importancia de lo subconsciente en nuestra vida psicológica, véase todo el capítulo anterior de este libro, págs. 169-216.

Una de las leyes de psicología experimental hoy mejor demostradas, es que no se da estado de conciencia independiente, sino que cada uno en particular se condiciona por los restantes; y esta ley se cumple lo mismo en la vida normal que en las perturbaciones de la conciencia. Las perturbaciones mejor estudiadas, y que se aducen como prueba de interrupción é independencia de estados psicológicos, son los casos de sonambulismo y sugestión. Pues bien: el citado Pedro Janet, cuya autoridad en cuestiones de psicología anormal ningún fisiologista podrá recursarnos, ha venido á concluir de sus múltiples estudios experimentales en la compenetración mutua de los estados normales y mórbidos. He aquí las leyes formuladas sobre los fenómenos de hipnotismo y sugestión, en su obra *Automatisme psychologique:* «1.ª, olvido completo durante la vigilia de lo que ha pasado en la conciencia durante el sueño; 2.ª, recuerdo completo, en un nuevo acceso de sonambulismo, de lo que ha pasado en los anteriores; y 3.ª, recuerdo completo, durante el sueño hipnótico, de lo que ha pasado durante la vigilia». Es decir, fusión completa de los distintos estados conscientes, normales y anormales, lo cual supone una sola conciencia que los percibe, y un solo sujeto permanente de todos ellos.

De cuantas experiencias se han aducido hasta aquí en prueba de la interrupción absoluta de la conciencia, no se encontrará *ni un solo caso* en donde las supuestas interrupciones no dejen

ver multitud de vínculos que expresan la continuidad de la misma. Es este un hecho que ni los mismos fisiologistas pueden poner en duda, que por sí solo basta para echar por tierra todas sus conclusiones, y que demuestra por modo claro y evidente que las tan cacareadas experiencias, lejos de contradecir las informaciones de la conciencia y el sentir universal de la humanidad acerca de la unidad y permanencia personales, son una confirmación de las mismas. Forzado por la evidencia de los hechos, aunque bien á pesar suyo y de sus ideales de fisiologista decidido, se ve obligado á confesar la verdad de esta conclusión A. Binet, director del laboratorio psicológico de la Sorbona y de la publicación *L' année psychologique:* «La división total de una conciencia en dos, dice, no es más que una *suposición ideal*... Sería necesario que la división de la conciencia fuere perfecta y absoluta, para que el *yo* normal no percibiese absolutamente nada de lo que pasa en su organismo. Si nosotros, añade, hemos hecho esta suposición, aun teniéndola como no cierta, es por servirnos de ella en la descripción de los hechos» (1). Lo cual quiere decir que la teoría de la división de la conciencia sólo tiene valor como procedimiento, que es *un ideal* solamente, y que como tal no se realizará nunca. Quede, pues, sentado que, aun en el sentir de sus propios autores, no es aquella

(1) A. Binet: *Les altérations de la personnalité*, páginas 188-189.

una deducción de los hechos, ni se encuentra demostrada en la experiencia, sino que es pura y simplemente una suposición *à priori*.

Pero vamos aún á conceder más: supongamos que la conciencia en ciertos casos, y en estado meramente pasivo, no pudiera poner orden en el ejercicio de las diversas facultades, es decir, en sus percepciones, en sus recuerdos y en las determinaciones de la voluntad, y que el análisis más delicado fuera inútil para encontrar en esta especie de disgregación de los fenómenos psicológicos enlace alguno de unión: ¿se seguiría de aquí algo contra los caracteres que hemos señalado á la personalidad substancial? Absolutamente nada. En casos semejantes, y tan difíciles de someter al análisis, nada tendría de particular que la inteligencia no pudiera penetrar en el mecanismo complejo y obscuro de las relaciones psicológicas; pero no se seguiría la ausencia total de dichas relaciones. Y sobre todo, en semejantes casos el procedimiento lógico y científico sería explicar lo desconocido por lo conocido, y no lo claro y evidente, normal, como es la conciencia de nuestra unidad permanente, por lo anormal, obscuro é indefinido, como son las perturbaciones mentales.

Según se infiere de lo dicho hasta aquí, la teoría de la doble personalidad se inspira exclusivamente en dos prejuicios ó hipótesis, tan infundados y erróneos como del agrado de ciertos

psicólogos modernos. Consiste el primero de estos dos prejuicios en concebir, al modo de Descartes, toda la realidad psicológica bajo el tipo de la conciencia; por manera que *consciente* y *psicológico* serían dos términos que expresaran una sola y misma cosa. Sabido es que Descartes dividió el mundo en dos grandes categorías, pensamiento y extensión; cuanto no aparece bajo la forma de pensamiento consciente sería materia extensa, y viceversa. La concepción cartesiana, continuada por el empirismo de Locke y Condillac y aliada con el subjetivismo y el idealismo, constituye hoy un postulado de la psicología independiente.

Desde luego, una vez sentado que el mundo psicológico deba encerrarse en los límites de la percepción consciente, dentro de la cual todo es fenoménico, no se ve cómo pueda subsistir la verdadera personalidad indivisible y estable. La unidad, en tal caso, no pasaría de ser un organismo ó agrupación de fenómenos enlazados por otro fenómeno tan variable y fugitivo como ellos, cual sería la conciencia. Pero la unidad permanente de la personalidad no está en los fenómenos ni en la conciencia, radica en las profundidades de lo inconsciente, de cuyas actividades aquéllos y ésta son nada más que manifestaciones fenoménicas. Los horizontes del mundo interior se extienden mucho más allá de los confines de la intuición consciente, como los horizontes del mundo físico traspasan los límites de la intuición sensible; por debajo de los fe-

nómenos fugitivos y variables existe en uno y en otro el fondo substancial que los produce, inaccesible á la intuición, y hay también actividades latentes, leyes y relaciones, que son las condiciones necesarias de su existencia. La vida humana (y en esto no es distinta de la de los otros seres vivientes) consiste en una serie de acciones y reacciones de las actividades entre sí, y con las influencias exteriores; ahora bien, anteriormente á estas acciones y reacciones, que es lo único en donde proyecta su luz la conciencia, debe haber por fuerza actividades que orienten y especifiquen las acciones, y en el fondo de unas y otras debe también existir la causa de las acciones y de las actividades, que es la verdadera realidad; porque no se conciben, ni acción sin actividad que la determine, ni actividad sin un ser en donde radique.

A poco que se reflexione, podrá observarse que nuestra vida interior se desliza en una serie complejísima de causas y efectos ó si se quiere, de antecedentes y consiguientes sin solución de continuidad; y de este fondo obscuro, tan sólo una parte muy pequeña, frecuentemente nada más que el resultado final de una multitud de causas, es percibido claramente en la conciencia. Y tan cierto es esto, que ni al más grande poder de reflexión psicológica le es dado recomponer las distintas causas y la medida en que cada una de ellas ha intervenido en la producción de los fenómenos. Los hábitos, tanto intelectuales depositados en la memoria en forma de

recuerdos, como de la voluntad en forma de tendencias, ¿no son energías psíquicas en estado latente, y las verdaderas causas que, no obstante dormir en la inconsciencia, ejercen decisiva influencia en nuestra manera de ser y obrar, orientando casi siempre toda nuestra vida psicológica? La conciencia, además, está sujeta á eclipses é interrupciones, que en ciertos casos llegan á ser totales. Sin tomar en cuenta la primera época de la vida humana, en donde la conciencia es nula ó rudimentaria, ¿hemos de suponer que con la desaparición momentánea de la conciencia desaparece también la personalidad? Dejando ahora otras consideraciones, será forzoso concluir que la teoría cartesiana de la persona-conciencia es absurda en sí misma y en sus consecuencias.

La personalidad humana es, pues, algo que no está sujeto á eclipses ni interrupciones, que perdura idéntico á sí mismo, en medio de los cambios psicológicos y físicos del individuo, desde el primer momento de su existencia hasta la muerte; así lo afirma el sentido común, así aparece á la conciencia moral de la humanidad, y así debe entenderse en buena filosofía.